

colección  
Los días terrestres  
LIV

© del texto: José Manuel Cabra de Luna

© de las imágenes: José Manuel Cabra de Luna

© de esta edición: **EDA Libros**  
c/ Pinsapo 15, Local 11  
29639 Benalmádena Pueblo, Málaga  
Teléfono: 952 448 420  
email: edalibros@edalibros.com

I.S.B.N.: 978-84-124205-8-6

Depósito Legal:

José Manuel Cabra de Luna

# La palabra y el silencio



Benalmádena, Málaga, 2023

Aquí no me propongo agradar a nadie.

*1897-1899. Tabulae meae Tentationum  
Codex Quartus, I, 180*

PAUL VALÉRY

Cuando escribo en estos cuadernos, me escribo.

Pero no me escribo todo...

*1944. Sin título, XXVIII, 236*

PAUL VALÉRY



Tomo primero

## I

...Mas de mi hermano el poeta hemos  
tenido noticias. Ha vuelto a escribir una cosa muy  
dulce. Y algunos lo supieron...

Canción. *Anábasis*  
SAINT JOHN PERSE

1. Quiso escribir sobre recuerdos, pero no tenía recuerdos. Ahora le sobran. Todo es ya puro recordar. Y pájaros; vuelos de pájaros que consumen el temblor de la mirada en una larga noche.

2. Recordar es el presente. Y no es tristeza o dolor, ni palpito de ausencia. La morada es solo memoria y sorprendentemente brotes de maíz le anidan en la mano, en el cuenco de una mano amorosa que acoge unos granos de tierra y una semilla abierta, rota por la fuerza de la vida que pugna por mostrarse.

3. ¿Cómo es posible que se haya escondido treinta o cuarenta años? La ciudad no estaba desierta, pero en ella estaba, escondida para todos los ojos que en la ciudad había.

Las calles, rebosantes de ojos, escrutadores, bíblicos, nunca entendieron cómo pudo estar oculta por lustros, por decenios, mas por allí anduvo acurrucada en el centro más interior. En la quietud que nadie miraba, o mejor, que nadie podía ver, y con unas palabras, unas pocas palabras nacidas antes que las propias palabras, iba tejiendo un laberinto que quería ser el de la memoria para en él, en ese espesor de renunciadas y fracasos, fundar una vida. Instalarse en la habitación de los recuerdos, porque eso son, aunque hayan desaparecido las palabras restando solo imágenes, hilachos visuales que no podemos nombrar pero que revivimos. Los delgados hilillos del agua van desembocando en el estanque del tiempo, que va subiendo y subiendo de nivel hasta sumirse en la oscuridad del fondo lleno del negro limo de lo que se ha ido y se disuelve en lo líquido, para depositarse después, al final del tiempo, el que ha ido escapando entre los dedos como arena.

4. Pero ¿son felices los animales? Tristes, pero felices en su eterno presente. La mirada de un perro, ¿se diferencia de la del insecto, cuajada de omatidios reticulados o de la del potente y depredador mirar del águila? A veces la torpeza del animal –nunca hay tal, realmente– se transforma en dulzura ante los ojos incisivos del contemplador, temblando como el deseo.

5. Algunos poemas salvan la vida, a veces.

6. Las islas aparecen cuando las sombras han huido, lo oscuro es su refugio a los agudos ojos de los hombres, el

lugar de su descanso telúrico, innumerable, pues existe antes que las palabras, que no deben decir de lo que nunca vieron. Las islas no flotan en las aguas, porque apoyan sus pies en el fondo marino.

7. Nada hay más bello que ver salir el sol tras la silueta curvada de una pequeña isla que, muy dulce, se extiende por las aguas lentamente...

8. ¡Flor del hibiscus! De tan potente color que se opone al bruñido bronce, a todos los metales y aleaciones y solo se asemeja a algunos cruentos atardeceres, cuando el sol está a punto de caer en el abismo del iris impassible.

9. No en la ciudad. Pues el asfalto no es propicio sino ufano. Soberbio y ansiosamente ávido de riquezas. Su color es el gris porque su alma lo es, porque las lágrimas de su soledad, llanto irredimible, lo son también. Siempre grises. Todas las miradas de los paseantes en los inacabables pasajes de la ciudad son grises, pues deambulan entre nadas que no desean, entre huecos del no vivir, que cercan a los perdidos ciudadanos como perrillos que juguetean entre sus pies, dudosos, hasta hacerlos trastabillarse, dando con ellos en el suelo.

10. Tenía la mujer, aquella mujer en las arenas de la espuma, anchas caderas y la piel tersa, suave y de un color caoba cubana. Ella no sabía cómo era. Nadie, en realidad, sabe cómo es. Cree saberlo pero lo más real de nosotros

mismos está vedado a nuestros ojos corporales. En algún raro insomnio nocturno, los ojos del alma pueden atisbar un eco de lo que fuimos o de lo que quisimos ser. Hambre de eternidad, afán de ella. Solo los animales la tienen porque saben que, en verdad, dura un solo instante. Que así es más extensa, más honda y que solo en esa jaula de los días podemos encontrar su verdadera esencia. Nada.

11. Debemos escapar de *las tinieblas del discurso mortífero*. Cuajados de razón pisamos la tierra prohibida y buscamos, en ocasiones con serena ternura y en otras con ansia irrefrenable, un sentido ¡qué absurda tentación! Solo el olvido de lo que significan hace dulces las palabras, las vuelve niñas, cercanas al amor, un tanto ignorantes y súbditas de un paraíso tan sólo habitado por el misterioso silencio y por lo blanco.

12. Él escribía, pero no siempre, solo en muy escogidas ocasiones. Mas era capaz de tumbarse sobre la yerba verdeprimavera y contemplar las nubes, una vez y otra y otra más, hasta que el agua comenzaba a caer. Entonces dejaba de pensar en la escritura y las sinapsis brujuleaban, dueñas de sí, no de él y lentamente iban trazando sobre un papel precioso el texto alegre de las flores.

Sabía bien lo que hacía. Amaba su oficio, del que los demás tan solo conocían una palabra que servía para nombrarlo, pero nada más. Letras, encadenadas a un decir para no decir nada o casi nada, como una canción de cuna que, abrumada, se esconde en el faldón de la madre, que la arrulla con su calor animal.

13. Mortíferas tinieblas del discurso, anhelo de decir lo que no debe ser dicho, al menos de la manera en que se dice. Porque *la lengua establecida –he ahí el enemigo–* se revela como instrumento inútil para la batalla, sus mellas impiden cortes limpios y todo, (realidad, frases, oraciones, cantos melismáticos), queda deshilachado, roto, deteriorado desde el origen. Por buscar claridad se abren las ventanas a lo oscuro.

14. La sonrisa del agua flotaba como cristales rotos sobre los remolinos de las acequias, los juncos rodeaban su canto llano y los gusarapos repartían la vida de un lugar al otro de lo líquido. Como ávidos espermatozoides en lugar inapropiado, a su pesar y en puro desconocimiento llevaban la vida en sí y la iban sembrando como arbitraria semilla por las vegetales orillas de la acequia. El musgo rodeaba el profundo tallo blanco de los verdes juncos, sin saber que su vivir concluiría como alimento de esas briznas de amor desconocido que el proyecto de animal que es el gusarapo buscaba con avidez. Todos los rayos del sol se conjugaban para dar calor a esas aguas ribereñas y hacer así posible que el retorno inacabable persistiese.

¡Arquímedes, no fuiste el primero!

15. Los espejos son implacables. Todo lo devuelven. Engañan porque, como agujeros negros de compactado azogue, parecen absorber sin fin; mas es lo cierto que en una fracción del tiempo rígido, cuanto habían acogido en su seno es lanzado con furia y precisión desde la hondura del venenoso metal. La luz, entonces, se concentra exaltando la falsedad del propio espejo, la acoge en un punto y, cuando ya minús-

culo, al borde de la frontera de lo invisible, se convierte en ariete de fotones que exhala un calor insuperable y hace arder el alma de las cosas. Al fondo, Siracusa.

16. “La mancha de la mora con otra verde se quita...” Gritaban los hijos y los hijos de los hijos, del mismo modo como habían cantado sus padres y los padres de sus padres y los padres de los padres de los padres. Y al tiempo, arañándose las manos con la zarza, iban cogiendo los morados frutos, plenos de dulzura y acritud a la vez. Un encuentro de acequias creaba una especie de pequeña laguna que en el centro cultivaba un incesante torbellino. Mientras, los cuerpos delgados y gráciles de los niños se sumergían en el agua, desnudos, huérfanos de todo pudor. Los caballos y los mulos pasaban a lo largo, por la vereda, camino de la besana.

17. Y no eran los caballos del árbol de bronce, pues los nuestros nunca comieron las metálicas hojas que conducían a la insinuación de pedestal. Eran sufridas bestias de labor que abrevaban junto a la piel desnuda de los gritos, a saltos sobre las aguas mínimamente procelosas. Caballos.

18. Mas ¿con qué sueñan los pájaros? En palabras contadas de mucha trascendencia el hombre que construía paraísos de papel quiso ver la ultimidad en los mudos y expresivos ojos de su perro. Pero ¡ay! los canes no sueñan, pero sí el pájaro, que tiene un reloj blando en su exiguo cerebro, una carta de los días y una rosa de vientos, un mapa inmaterial de todas las geograñas, acuáticas y de tierra, conti-

mentales y domésticas, en el extremo sabio de su ala. Jamás antes vieron su destino a que su fijo rumbo las conduce, pero reconocen su presencia ¡Es ahí, es ahí! ¡La vida ya lo dice! Y con ello su sueño de cristal queda cumplido.

19. El tabaco, al secarse, produce un olor agrio que penetra en el interior de nuestro deseo. La niña, que ya esboza sonrisa de mujer, acerca sus torpes ingles, sus axilas, a las hojas crujientes del áspero vegetal para que todo su cuerpecito se impregne del olor. Los troncos cuelgan boca abajo y al penetrar en esa oquedad de vegetales crujen los restos de las hojas más débiles, las que han ido cayendo al suelo lentamente. La niña, de leve compañía, avanza hasta el centro de la catedral verde y dorada que las hojas y el viento espeso del verano han ido tallando. Huele fuerte, hasta cubrirlo todo con un velo de atractiva acritud y allí, en el interior de ese templo que se encamina inexorable hacia la hoguera, en circular discurso, la vida continua. Como siempre.

20. ¿Pero es que acaso sabes qué es el vivir? Si todo está amasado de lo mismo, el vivir no es más que el claror del envés de una sencilla forma que ha crecido a lo más alto. Estar es siempre el secreto del ser.

21. Las carpas, aquellas carpas, habían saltado desde las antiguas estampas japonesas. El monte Fuji, la barca que inexplicablemente era respetada por la inmensa ola del recuerdo, garras de espuma, aguas tan elevadas que se salían del ligero papel de arroz, tan suave como resistente, entreverado de fibrosas hilachas de fidelidad.

De allí salieron en movimiento insólito esos peces preciosos que, de repente, invadieron aquel agua redonda en que se reflejaban los cipreses y el níspero, el extinto chirimoyo –que murió del frío– o el aromático naranjo alfombrado de ruibarbos entremezclados con acantos.

Con su vida de metáfora, las carpas navegaban en nervioso movimiento por el círculo inacabable del estanque.

22. Las caravanas de la sal, en interminable recua de desdeñosos camellos, llevaban la benéfica carga hacia muy lejanas fronteras. En la inmensa lejanía de las llanuras blancas, cual si salieran del difuminado vaho del suelo, miles de caravanas irreales se enfrentaban a los ojos de los camelleros que sabiamente sabían distinguir (y ello por haber fracasado antes muchas veces) los animales auténticos de aquellos otros que el ojo, cansado de lo blanco, construía en su imaginación. Pero los dioses de la sal protegían el camino y los agotados animales acababan por fin llegando al lugar donde eran esperados. La paciencia daba cobijo a la esperanza de poder eludir la pudrición de los alimentos.

23. Leyes muy antiguas iban quedando atrás a cada paso que los animales daban sobre las blancas arenas, sobre el espejo salino donde el sol rebotaba con implacable insistencia. Leyes no solo de los hombres, sino de la propia naturaleza. Leyes escritas en las alturas de los cielos, otras -ya prescritas- habían sido olvidadas en las cambiantes orillas de las dunas. Las manos de los conductores estaban por siempre doloridas, agrietadas por el producto que portaban

y que impregnaba sus ropas, su piel toda, incluso su mirada era ya tan dura como la propia sal. Nacieron con el oficio y en él acabarán, incorruptibles ya en su tumba salada.

24. Ellos nos dijeron que hubo magos en Babilonia que atribuían a cada uno de los dioses de su panteón un número y, tanto más alto fuera este, así el dios lo era también en la jerarquía divina. Y hemos preguntado a nuestros dioses, religiosos o científicos, si la matemática es un constructo de los hombres mas nuestras deidades han vertido sobre nosotros su sólito manto de silencio, abono para nuestra especulación.

Aquellos sabios babilonios alcanzaron a saber de las estrellas, de su exacta ubicación en el inacabable firmamento y del camino que seguirían y siguieron los astros y otros cuerpos celestes. ¿por qué iban a errar en disponer el retablo de sus dioses?...

Para otros, los números no portan la historia de las divinidades, sino el reloj de los tiempos, las noches y los días de los hombres, su pasado y lo porvenir, es decir, su eterno presente. La numerología, dicen aquellos, alumbra las luces interiores de los dígitos, que son analizadas como lo eran los interiores del cuerpo de las aves, sus augures entrañas y con estas y el raudo vuelo del ave mayor, construían el rumbo de sus sueños.

25. Aquel hombre, al abandonar el abrigado puerto, se colocó, más bien se aferró, a la quilla de la nave; era mediodía y el espejeo del mar hacía difícil concentrar la vista en un punto, pero a él nada de eso importaba, pues su ansia



se dirigía hacia ese cabo que el barco doblaría rápidamente y allí estaba, erguida y majestuosa esa punta de tierra que irrumpía, potente, desde lo profundo de las aguas.

Del templo aún quedan unas columnas felizmente ordenadas y en ese espacio ideal que con ellas se conforma aún habitan los dioses. Gracias al persistente esfuerzo de Poseidón esas columnas se yerguen en la colina y atraviesan impávidas los miles de años. El dios domina las aguas que abajo se expanden y a su voluntad el mar se muestra afable o fiero. Los barcos siempre se encomiendan a su poder para que les proporcione una buena travesía y, si es posible, una pesca abundante.

Cabo Sunion.

